



Inauguración del Año de la Fe

En el inicio del *Año de la fe* imploramos la asistencia del Espíritu Santo, para que nos guarde en la comunión del amor con el Padre, en el recuerdo fiel de la enseñanza de Jesús y nos lleve al conocimiento de la verdad completa de su Palabra, de la que hemos sido constituidos testigos en medio del mundo actual.

Os saludo a todos con afecto fraternal en el Señor y os agradezco la participación en esta jubilosa celebración de nuestra fe, especialmente a quienes habéis venido de más lejos.

La lectura que hemos escuchado es la suma de dos textos del Evangelio de Juan, situados en capítulos y contextos distintos. Se han unido en esta lectura porque se refieren a aspectos complementarios de un mismo tema.

El texto primero está tomado del capítulo 3 y se refiere al diálogo de Nicodemo con Jesús. El fariseo Nicodemo está afectado por la enseñanza y los milagros de Jesús. Ha llegado a la convicción de que Jesús ha “*venido de parte de Dios como maestro*”, pero tiene aún dudas que busca aclarar en el diálogo con Jesús. Nicodemo es un ejemplo de búsqueda de la verdad.

Jesús da en su primera respuesta un giro muy significativo al planteamiento de Nicodemo y le dice: “*el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios*”. Y ante la extrañeza de Nicodemo por esta afirmación, imposible en el orden natural, le aclara que se trata de la necesidad de nacer “*de agua y de Espíritu*” para “*entrar en el reino de Dios*”. Con estas palabras le está diciendo que el reino de Dios no es solo cosa de enseñanzas y que la salvación no se alcanza sólo por el conocimiento, sino que es una obra del Espíritu, que sopla donde quiere, sin que el hombre pueda controlarlo. De forma implícita, Jesús le está anticipando que él no es sólo un profeta que habla de lo que sabe y de lo que ha visto, es decir, de Dios Padre, a quien sólo el Hijo conoce; sino que **él es la vida**, y que todo el que cree en él tiene vida eterna. Nacer de nuevo de agua y de Espíritu expresa la necesidad de un nuevo ser, de una total transformación espiritual.

Nicodemo, maestro de la Ley, conocía la profecía de Ezequiel: “*derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará*” y “*os infundiré mi espíritu*” (Ez 36, 25-28). Pero no ha logrado aún comprender de qué forma se va hacer realidad ahora ese nuevo nacimiento del agua y del Espíritu, del que le habla Jesús. Y pregunta: ¿Cómo puede suceder eso? Jesús se queja de su falta de comprensión y, sobre todo, de que no dé fe a su testimonio. Con todo, Nicodemo no rechaza a Jesús y sigue un camino oculto de discípulo, que puede haber llegado a su meta al contemplar la muerte de Jesús. Igual que José de Arimatea ha superado el miedo a los judíos y se manifiesta de forma abierta



como discípulo. Ambos *“tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas”* (Jn 19, 40).

Jesús, elevado en la cruz como la serpiente en el desierto, ha atraído hacia sí a Nicodemo para que crea y tenga vida eterna. *“Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna”* (Jn 3,16).

El mismo evangelista nos ofrece una explicación más amplia del tema en su primera carta: *“En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados”* (1 Jn 4, 9-10). *“Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él”* (1 Jn 4, 16). Hemos creído en Dios y hemos creído en el amor que nos tiene. Ambos aspectos están inseparablemente unidos porque Dios es amor. El amor de Dios es, por tanto, el contenido de nuestra fe.

“Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3, 17). ¿Cómo es posible que el mundo no haya aceptado el don de la salvación y corra el riesgo de perderse? La salvación y el juicio derivan de la fe: el que cree en el Hijo de Dios se salva por él y tiene vida eterna; el que no cree ya está juzgado. A diferencia de los sinópticos, en el Evangelio de Juan el juicio no es algo aún por venir: es un acontecimiento ya realizado y que el mismo hombre vive en su decisión por Jesús o contra de él. Por el don de su Hijo, Dios ha puesto al mundo en la alternativa: creer en la luz, haciendo la verdad, y salvarse o preferir las tinieblas, practicar la maldad y ser condenado. Si se está haciendo el mal, la luz no es deseada, se prefieren las tinieblas, porque la luz desvela las obras tal como son. *“Este es el juicio: que la luz vino al mundo y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas”* (Jn 3, 19).

El segundo texto está tomado del capítulo 12 y representa un balance y conclusión del ministerio público de Jesús. En primer lugar el evangelista responde teológicamente al enigma de la incredulidad: se busca en un oráculo de Isaías una explicación al hecho de *“habiendo hecho tantos signos delante de ellos, no creían en él”* (Jn 12, 37). Y el texto hoy leído comienza afirmando: *“Sin embargo, incluso muchos de los principales creyeron en él, pero, a causa de los fariseos no lo confesaban públicamente para no ser expulsados de la sinagoga, pues prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios”* (Jn 12, 42-43). Juan ha preferido no cerrar el párrafo hablando de la incredulidad, sino ofreciendo un aspecto positivo de la realidad.

En el discurso de Jesús, que sigue a continuación, Juan recoge algunas palabras de Jesús, como si quisiera abrir al lector a la fe, presentándole una vez más de forma sintética el **mensaje sobre el misterio de Jesús en su relación con el Padre.**



Carlos López Hernández

Juan hace exclamar a Jesús lo mismo que en el templo cuando atestiguaba que había sido enviado por Dios (7, 28), o cuando invitaba a beber de su agua: “*El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí... de sus entrañas manarán ríos de agua viva* (Jn 7, 37-38).

Jesús empieza proclamando que creer en él es creer en aquél que lo ha enviado. Así se subraya la iniciativa divina a favor de los hombres y también la **íntima relación de obediencia de Jesús con el Padre y su identidad con él**: “*El que me ve a mí, ve al que me ha enviado*”. Al deseo de Felipe de ver al Padre, había respondido Jesús: “El que me ve, ve al Padre”; porque “yo estoy en el Padre” y “el Padre está en mí” (cf. Jn 14, 8-11).

Jesús ha venido al mundo como luz; él es la luz del mundo y quien cree en él no camina en tinieblas (cf. Jn 8,12). Más aún sus discípulos somos “*la luz del mundo*” (cf. Mt 5,14).

Jesús pronuncia con tal fidelidad las palabras de Dios que le ha enviado, que su palabra es la Palabra del Padre. Por ello, nos llama a “oír” y “guardar” su palabra. “Guardar” las palabras de Jesús significa lo mismo que “creer” (cf. 17, 6). No guardar sus palabras es rechazar a Jesús y lleva consigo el ser juzgado por las mismas palabras. El juicio no es pronunciado por Jesús, que tiene la misión, no de condenar, sino de salvar al mundo.

Y Jesús nos enseña que la Palabra y el “mandato de Dios” en el que se expresa su designio de salvación son un principio de vida eterna: “El hombre no vive de pan solamente, sino de todo lo que sale de la boca de Dios” (Dt 8, 3). Del Padre es de quien Jesús ha recibido todo cuanto dice y manifiesta; él no habló “a partir de sí mismo” (cf. 5, 30; 8, 26). Jesús “sabe” con un conocimiento inmediato lo que quiere y dice el Padre. **La unidad de Jesús y del Padre** se afirma aquí desde el aspecto de la fidelidad perfecta del uno a la voluntad del otro. El mandato del Padre no es para Jesús un imperativo exterior, ya que la voluntad del Hijo y la del Padre están unidas en una sola comunión de amor. En esta unidad de Jesús y del Padre queremos nosotros ser introducidos “**más adentro**” por el Espíritu en este ***Año de la fe***.

En comunión de fe y de oración con María, la Iglesia diocesana de Salamanca anhela en este Año de gracia “*estar con el Señor*”, saborear los frutos de su resurrección en la vida diaria, guardar en el corazón sus recuerdos y recibir el Espíritu Santo para aprender a presentar ante el hombre actual la imagen más auténtica de Jesucristo y de su Iglesia, luz de las gentes y partícipe de sus gozos y esperanzas.

Catedral, 11 octubre de 2012